

Adiós a los niños de Armendáriz

Por GUSTAVO COLORADO G
Especial para El Universal

*¿Cómo tornar al éxtasis de sol
a la luz ebria de mis siete años
al sabor maduro de la mora,
a todo aquel territorio
desconocido por la muerte,
a esa palpitante luz de la pureza
a todo esto que soy yo
y que ya no es mío?*

Darío Jaramillo Agudelo

Dicen que hay un momento en la vida de cada hombre en el que, como un cristal hecho pedazos por la súbita irrupción de algo irremediable, se descorre para siempre el velo con el que hasta ese momento aparecían nimbados los seres y las cosas.

El carácter mágico y absoluto del mundo empieza a desdibujarse, para dar paso a la ambigüedad y a la condición relativa de situaciones que no siempre son lo que parecen: le decimos así adiós al universo de la infancia y empezamos a trasegar por territorios que las más disímiles mitologías pretenden ilustrar con la noción de la caída en el pecado o la pérdida de la inocencia.

A desvelar las circunstancias que rodean ese momento han consagrado buena parte, sino toda su obra, artistas que apoyados en las palabras, el color, los sonidos o las imágenes en movimiento intentan emprender esa búsqueda del tiempo perdido que fue la impronta del que hacer vital y literario de un hombre como Marcel Proust.

Secretos del corazón, de Montxo Armendáriz, película que abrió la programación oficial del 38 Festival Internacional de



UN PLANETA EXTINGUIDO

Cine de Cartagena es precisamente eso: el obsesivo empeño de un director de cine por aprehender, a través de los ojos de dos niños, los destellos del ya casi extinguido planeta de la infancia.

Juan y Javi son los dos pequeños hijos de una joven viuda que se asoman a los misterios del mundo, por ventanas distintas, pero desde una misma perplejidad; Javi, el menor, tiene que digerir sin tregua la irrupción casi simultánea del deseo, el dolor, la mentira y la muerte como quien trasiega en mitad de la noche por un sendero cenagoso y sin más luz que los relámpagos de la propia conciencia

que empieza a despertar: dos perros que intentan una cópula apresurada, mientras el olor vegetal de los establos invade los resquicios de la tarde.

Las voces de los muertos que se apagan y se encienden al ritmo de la nostalgia de los vivos; los jadeos de amor de la madre que reinventa su propia historia, ayudada por las manos de un amante que además es el tío de los niños y la ternura agazapada en las entrañas de una tía solterona como único antídoto contra el miedo y el fracaso.

Del otro lado está Juan, agobiado por la pedante sabiduría de quien ha descubierto dos o tres lugares comunes sobre la

vida, que igual no le sirven para nada, todo ello enmarcado en esa España atosigada por el aroma del incienso y la presencia ominosa de las sotanas, con fondo de boleros y baladas de esas que según un personaje femenino de Truffaut "entre más bobas más ciertas", vidas entrelazadas en un ir y venir de un pueblo anclado en el sopor estival de un tiempo perpetuado por los ritos primigenios a la ciudad que seduce y hiere con su sartal de promesas nunca cumplidas, como en la escena aquella en que Javi y su amigo ven esfumarse la mesada de la semana que se pierde en manos de una chica que les promete una fugaz y nunca materializada visión de su sexo.

Mundos unidos y separados por un autobús azul que más bien parece una metáfora del desarraigo, porque en suma lo que mueve a niños y adultos en esta hermosa, y en no pocas ocasiones dolorosa historia del español Armendáriz, es la necesidad de rescatar lo mejor de sí mismos, ya sea en una derruida mansión suburbial, habitada por fantasmas de carne y hueso, o en las palpitaciones de una piel sin estrenar antes de que la muerte, con su paciencia y sigilo de siglos empiece a reinar y condene al destierro a quienes hasta el momento de la caída se supieron aliados de los dioses.